

Rubén Argentino Villeres y Graciela Noemí Folini
(16-09-77)

(N° CONADEP 5739, Testimonio N° 01385; y N° CONADEP 1892, Testimonio 01369)

Rubén Villeres, tornero de profesión, y Graciela Folini, empleada, vivían con los padres de ella y su pequeño hijo Juan Pablo de siete años en la calle Belgrano 1562, del otro lado del Arroyo Tapalqué, en el barrio Pueblo Nuevo de Olavarría.

Antes habían vivido en La Plata donde Rubén trabajaba en la textil Sudamericana y Graciela daba clases particulares, y compartían la vivienda con una pareja de estudiantes neuquinos y sus dos hijas.

Su hijo Juan Pablo, periodista, relata que “Mucho después, a través de Guillermo Cieza tuve algunos datos de su militancia. Ellos estaban sindicalizados. Relata Guillermo en un libro que el día del golpe se encontraron en un bar, y que, y papá que el golpe iba a ser nocivo”

“Un día se produce un allanamiento en la casa de al lado, donde vivía el Comisario Gutiérrez (...) Nosotros no estábamos, nos contaron. De esa casa de La Plata me acuerdo de un episodio con un tiroteo: balearon a una familia con dos nenitas, me parece que los mataron a todos. Es muy difuso lo que cuento porque yo era muy chico”.

“Después nos vinimos a Olavarría. Nos fue a buscar mi abuelo en un camión. Papá empieza a tomar un curso de tornería (...) después trabajó con De la Vega. Mi mamá comienza un curso en San Antonio”.

“No sé por qué uno conserva recuerdos del día anterior. Recuerdo haber ido con mi abuelo a una frutería en la Avenida Del Valle y Alsina y haber esperado durante tres horas, mucho tiempo, algo que no sé qué era. De ahí nos fuimos a casa. Cuando llegamos ya estaban mi papá y mi mamá que se estaban preparando para ir al cine, así que serían las nueve de la noche”.

“Tengo una imagen ambigua, que entró primero mi abuelo. Recuerdo que alguien entra en mi habitación con un arma. Enciende la luz. Lo hace levantar a mi papá. Mi mamá sigue acostada. A mí me levanta una persona con gorra visera y jean y me lleva a la pieza de mis

abuelos. Recuerdo que permanecíamos en silencio. Se hablaba de cosas que yo no entendía. Pero estuvieron largo tiempo. No vi cuando se llevaron a mi mamá, pero sí vi cuando se llevaron a mi papá porque lo sacaron antes que a mí”

“La casa de mis abuelos nace en un pasillo largo. Ahí mi papá dejaba la moto. Se llevaron el cable que une las bujías con el motor y se llevaron la cámara fotográfica. Papá era aficionado a la fotografía, me acuerdo que habíamos sacado fotos a un ‘castillo’ de ese señor que hacía ‘castillos’ (el creativo constructor italiano apellidado Cicheri que ha hecho de varias de sus construcciones un estilo particular. N de R). Esas fotos nunca se revelaron”.

“De esto nunca charlamos con mis abuelos. De esto que estoy contando, nunca, nada. Así fue más o menos esa noche”.

Secuestrados junto a otra veintena de jóvenes olavarrienses en la madrugada del 16 de diciembre, fueron llevados a la Brigada de Investigaciones de Las Flores, donde otro de los prisioneros, Mario, recuerda: “Estábamos esposados a la espalda y encapuchados, no podíamos hablar, pero una vez que parecía no haber ningún guardia cerca, tratando de averiguar donde estaba y con quienes, codeo al de al lado y le pregunto. Me dijo en voz casi inaudible: ‘Soy Rubén Villeres, creo que estamos en Las Flores’. Días después se llevaron a algunos, y nunca más escuché de él hasta que nos ‘blanquearon’”.

“Sabés cómo mi mamá supo que estaban en Las Flores...? -se emociona Juan Pablo-. Por el sonido del timbre de la Escuela Normal donde ella había estudiado, que estaba al lado de la Brigada, y también por la voz de un médico que había sido su pediatra. Mis abuelos también son de Las Flores, quizás fue por eso que acá todos se abrieron” “Recuerdo los viajes de mi abuela durante el Mundial, las primeras movilizaciones de las Madres. Recuerdo haber ido en camión por caminos insólitos Me acuerdo de ir a ver al Obispo, la actitud pedante de Bianchi di Cárcano. Una vez estuvimos esperando un día entero hasta que se hizo de noche y recién entonces nos atendió”.

“Nunca nos dieron ni un atisbo de esperanza. Agradezco a mis abuelos que siempre me hayan dicho la verdad. Me acuerdo de los fines de año. Eran terribles. Mis abuelos y yo, solos, tratando de festejar algo”.

“Me resulta chocante lo del ‘destino final’. Es una cuestión que iré asimilando con el tiempo. No hay el más mínimo atisbo que estén con vida. Este es para mí el destino final. Para mi duelo, está cumplido. Me parece que sería recrear una situación que uno no quiere volver a vivir. “Yo trato de reivindicarlos en todo lo que puedo. Por los menos como desaparecidos de una dictadura militar”.

Pueden encontrarse referencias de su paso por el CCD Brigada de Investigaciones de Las Flores y por el CCD Monte Pelloni en los testimonios ante la CONADEP N° 01949 y 02156.